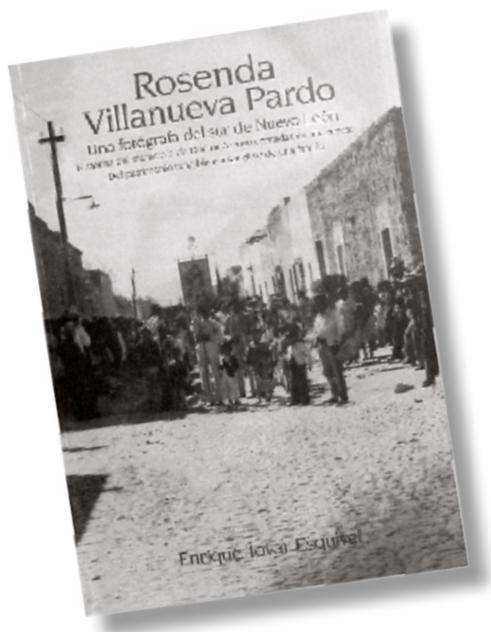


RESEÑAS

Arturo Ávila Cano



Enrique Tovar Esquivel
Rosenda Villanueva Pardo.
Una fotografía del sur de Nuevo León
Monterrey, Universidad Autónoma
de Nuevo León, 2014

Y así como en la novela *Todos los nombres*, del premio nobel de literatura José Saramago el protagonista principal, escribiendo de la Conservaduría del Registro Civil, va confeccionando el misterio de una mujer desconocida cuya ficha de registro cayó fortuitamente en sus manos, y que poco a poco fue motivo de desvelos, así de manera metódica y paciente el historiador Enrique Tovar Esquivel fue destrenzando y construyendo la historia de Rosenda Villanueva Pardo, fotógrafa de Doctor Arroyo, un pequeño municipio del sur de Nuevo León, ubicado en la Sierra Madre Oriental, tierra árida, seca, austera "cuya gente ha vivido una lucha permanente por el agua".

El municipio de Doctor Arroyo fue fundado en 1826; es decir, 16 años antes de que la Academia de Ciencias de Francia reconociera los aportes de Louis J. Mandé Daguerre y le concediera la patente del primer proceso para fijar una imagen. La fotografía no tardó mucho en llegar al municipio de Doctor Arroyo. De manera puntual, Enrique Tovar, investigador del Centro INAH Nuevo León, da cuenta de los primeros retratistas de este sitio, como es el caso de Pedro N. Muñiz, de quien se conservan

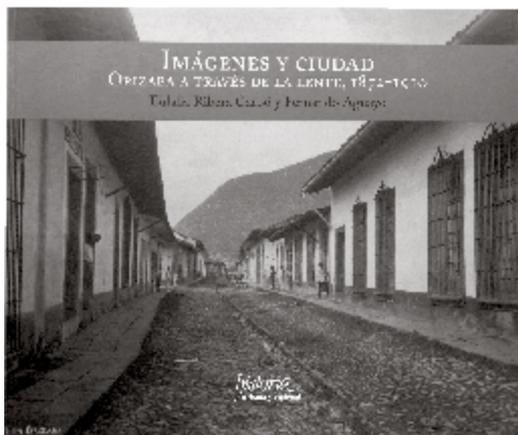
imágenes fechadas en 1905 y de su esposa Sara Martínez, quien tomara el oficio a la muerte de su esposo, pero es el retratista Martín Perales, quien cobra relevancia en esta historia al formar a Rosenda Villanueva Pardo en el oficio fotográfico.

A lo largo de 35 años Rosenda Villanueva fotografió tanto la vida cotidiana como los acontecimientos relevantes que tenían lugar en doctor Arroyo. En sus imágenes podemos observar reuniones familiares, de grupos escolares, de maestros, así como festividades religiosas y eventos políticos y sociales, entre los que destacan los ritos funerarios conocidos como la "muerte niña", así como las fotografías que captó en la pista aérea de Juan Gómez Azcárate.

La historia de esta fotógrafa está ligada a las vicisitudes de su lugar de nacimiento y residencia. Es decir, al observar algunas de las fotografías que forman parte de este libro editado por la Universidad Autónoma de Nuevo León en el año 2014, encontramos que Rosenda llegó a utilizar distintas telas, sarapes y hasta cobijas como telones de fondo para aislar a sus personajes. Rosenda no contó con un estudio profesional para las tomas fotográficas, ella solo tenía un cuarto oscuro, levantado por su propio padre, en el que procesaba todo el material. Cuando alguien solicitaba sus servicios ella acudía diligente con un ayudante, papel que en muchas ocasiones cumplió su hermana Elvia, y más tarde sus propios hijos.

El lector interesado en los equipos fotográficos de época encontrará cierto placer al observar las cámaras de fuelle marca Seneca, los juegos de chasis, los porta placas, los lentes con disparador modelo *Competitor view*, así como ciertos detalles en la correspondencia que los proveedores de equipo fotográfico y químicos, sostuvieron con Rosenda para informarle de nuevos procesos para procesar película en blanco y negro.

La investigación de Tovar Esquivel es relevante y singular pues nos permite adentrarnos en la historia de un fotógrafo de pueblo, dicho esto sin ningún afán peyorativo. Es decir, Rosenda Villanueva se enfrentó a muchas carencias y sin embargo, siempre estuvo puntual a la orden del cliente. A través de la narración de Tovar Esquivel y las fotografías de doña Chonita podemos comprender los retos que afrontó esta profesional de la lente que vivió en ese municipio del sur de Nuevo León. Las fotografías que elaboraba Rosenda no eran baratas, tenían un costo de 3 a 6 pesos de la época, y aún así, por más de 30 años su trabajo fue valorado tanto por gente del municipio como por fuereños que llegaban de Matehuala, en el vecino estado de San Luis Potosí, y ahora, gracias a esta investigación, más personas podemos adentrarnos en el oficio fotográfico de Rosenda Villanueva Pardo.



Eulalia Ribera Carbó y Fernando Aguayo

Imágenes y ciudad. Orizaba a través de la lente 1872-1910

México, Instituto Mora, CONACYT, Universidad Veracruzana, Fundación Miguel Alemán, Patronato del Archivo Histórico de la Ciudad de Orizaba, A.C., 2014.

Contundente, atractivo, inesperado y documentado son algunos de los elementos que se desvelan después de leer el libro de *Imágenes y ciudad. Orizaba a través de la lente 1872-1910*, ya que la investigación responde a esa historia matría que Luis González y González proclamó y anunció como necesaria dentro de los estudios históricos. Es un recuento regional, como lo ha señalado el investigador Carlos Martínez Assad a partir de los doce apartados que lo componen. Atractivo sobre todo porque en este texto escrito por Eulalia Ribera Carbó y de Fernando Aguayo, confluyen los conocimientos de uno y otro en el tramado fino de esta versión profunda de Orizaba.

Hay apartados que muestran de manera clara la formación originaria de ese lugar de paso, sustancial desde épocas coloniales, entre Veracruz y la Ciudad de México, que se convirtió en una urbe industrial durante el siglo XIX y con mayor vigor para la época de entre siglos. La manera de mostrar el entorno físico, los paisajes que la rodean, los ríos que la nutren que la llevaron a merecer el nombre de la Manchester mexicana, en donde la fotografía funge una tarea insoslayable al mostrar esa abundancia del habitat y del entorno geográfico, que la llevó a ser uno de los lugares industrializables durante el porfiriato. Ahí a donde tuvo un fuerte afluente la migración de extranjeros quienes invirtieron en los molinos, comercios e industrias y después con la generación de luz, que llevarían a Orizaba a ser uno de los lugares más destacados en la economía nacional. Más aún, la narrativa en este texto es clave para comprender la importancia

de sus ríos, de las montañas, de la flora y del clima que permitió el desarrollo de la caña de azúcar, aserraderos, el tabaco, café, o bien la industria de los textiles, las cervezas, velas, jabones, sacos y telas de yute, entre otros, que fueron fuente laboral, profesional y comercial de gran importancia.

Me parece que aunado a ello, este libro abre una brecha importante en los estudios de historia gráfica, dado que las imágenes vistas de manera interdisciplinaria, muestran elementos de análisis profundo en el ámbito geográfico, etnográfico, de historia económica, social y cultural, lo que permite encontrar elementos de una riqueza visual en el entorno de la fotografía como documento histórico y social, gracias a la profesionalización de la mirada y el conocimiento profundo de la historia de la ciudad, aunado a los documentos fotográficos recolectados en diversos archivos tanto locales, como estatales, nacionales —como el Sinafo—, y acervos como el de Jorge Carretero, y el que se encuentra bajo resguardo del propio Instituto Mora. No conforme con ello, los autores, y en particular me parece que la labor de Eulalia Ribera como geógrafa especialista en urbanismo, retomaron la documentación con materiales del archivo local y municipal. Es el caso de la cartografía que al leer las líneas que la descifran podemos comprender su importancia y el papel que jugaban los mapas en aquellos años. Ideologizados sí, con intenciones varias también, con la misma falta de neutralidad que la fotografía presenta. Además del uso de grabados, dibujos, y otros documentos como los censos, notariales. Conmino y supongo que con ello es a Fernando Aguayo a que no se ajuste a una discusión sobre teoría y metodología con autores extranjeros y a que no torne el trabajo realizado por especialistas de la imagen en México en una disfunción inexistente. Hay en nuestro país más de una veintena de especialistas de y en la fotografía, que hacen ftohistoria, historia gráfica o historia y grafía, además hay detrás un medio centenar de estudiantes caminando con gran ahínco e interés. Entre los pares se ha hecho un trabajo de gran valía en términos de la teoría y la metodología, al contrario del comentario: "Entre los muchos temas que se escriben sobre la fotografía, son pocos los autores que se han preocupado por reflexionar teóricamente acerca de este peculiar vestigio de las sociedades..." (p. 20), por ello invito a que se lea y relea a los autores nacionales, porque estamos trabajando de manera colegiada, incluso con instituciones nacionales e internacionales. Y con la sugerencia de debate sugerida (en la página 31), me parece importante regresar la mirada con funcionalidad, interés, con el agrado de saber que somos punta de lanza en los estudios de ftohistoria, historia gráfica e historia social, cultural, historia política y de las mentalidades, entre otras.